

Antonio Porchia: la experiencia del abismo

Cuando lo superficial me cansa,
me cansa tanto, que para descansar
necesito un abismo.

Porchia

Desde que leí por primera vez las *Voces* de Antonio Porchia (1886-1968), he creído que quienes se atrevieran a hablar de este mundo poético casi inconcebible, tan desnudo que su piel nos parece una transparencia, tendrían de algún modo que pedir perdón, porque la poesía de Antonio Porchia nada tiene que ver con la literatura. Las voces constituyen una propuesta de salvación y no sólo uno de los pasos de gigante más definitivos de la poesía contemporánea. Están hechas para ser vividas, nos obligan a comprometernos desde su raíz con la realidad. Por esto, quien, sin más, se queda en su lectura y no cae en la cuenta de que no tiene en las manos un libro, sino un temblor que tira de él y que lo llama, distorsiona el verdadero sentido de las voces, que supone una invitación al riesgo, riesgo que consiste en no eludir la vida y en hacer de la profundidad nuestra única exigencia.

El hombre contemporáneo no está acostumbrado a la lucidez. Su extraordinaria tendencia al hacinamiento y a la confusión no sólo lo ha ido alejando de sí mismo, sino de cuanto hubiera querido ser. El hombre moderno cada vez está más cerca de una marioneta que de un primitivo, de ahí que el ejercicio de la lucidez lo espante y prefiera no salir de su existencia amortiguada, menguante, adorando a la seguridad y a la inercia. Por esto, la lucidez es una de las formas más altas del valor, la verdadera épica de nuestro tiempo. En este sentido, Antonio Porchia ha vuelto a darle a la poesía dignidad, esa forma de la dignidad que es el pensamiento. Liberado, al fin, de los domésticos correaes del sistematismo y de cualquier lógica preconcebida.

La poesía de Antonio Porchia descarta la prosa y el verso, haciendo del lenguaje un modo de vivir, un gesto para recobrar la auténtica dimensión de lo real, que es el misterio. Porchia nos ha dejado un lenguaje capaz de desenterrarnos, de quitarnos de encima todo lo que no somos. Nos ha dejado un decir, casi sin lenguaje, un decir

que es más que una voz, una experiencia donde la sabiduría y el vértigo coinciden y, en esa coincidencia, el misterio de ser se convierte en una forma insospechada de la claridad. Porchia ha dado a la poesía moderna una nueva concepción del abismo: en sus brevísimos poemas, lo abismal es una expectativa y una posibilidad, no un ámbito tenebroso y terrorífico. Pero esto, porque el abismo en esta poesía es claridad, presencia y no hundimiento, las palabras casi no tienen materia, casi no son ellas para no dar sombra al pensamiento. Esta frase de García Lorca¹, referida a Quevedo, define, a mi entender, esto que digo: «Usa no el idioma, sino el espíritu del idioma». Y André Breton²: «El pensamiento más dúctil de expresión española es, para mí, el de Antonio Porchia». En verdad, Porchia ha dado a la poesía moderna, una capacidad de maniobrar por la realidad, desconocida hasta él. Estas palabras, nada más pronunciadas, incorporadas a nosotros, se apartan para dejarnos ver más acá y más allá. Así, podemos entrar en los sitios en que ellas estuvieron y hacer de su lectura una experiencia insólita: la experiencia insobornable del abismo. Leer a Antonio Porchia acaba siendo el reconocimiento *in situ* de la profundidad, la lección del fondo enseñándonos a descubrirlo en la superficie. Esta poesía ya no busca distinguir entre ambos: se nos presenta desde una apertura, aumentando el espacio de lo real, comiéndole terreno a la estupidez y a la anécdota. Por esto, observa Alberto Luis Ponzo³ que «no escribía sobre su vida, sino desde su vida». Porchia nos ha dado una lengua poética que ha aprendido a saltar sobre el verso y la prosa para instalarse en ese lugar casi virgen que hay entre el silencio y la palabra. Un lugar donde la identidad y el amor, la muerte y la vida, la soledad, el tiempo, lo imposible y lo posible abren siempre otra puerta, dan a una nueva perplejidad y nos convencen de que todo no está dicho, de que la realidad también comienza en nosotros, depende de nuestra decisión de crearla, gracias a un lenguaje que casi no lo es y a una postura de la contemplación donde la mirada no se enfrenta a su entorno sino que se añade a él, lo asume, lo absorbe casi sin nombrarlo, haciendo de la contemplación una actividad. Estos poemas parecen llevarnos a la raíz del fenómeno creador, a la necesidad de ser de la poesía. De ahí, que el silencio y la palabra se confabulen para tramar un tejido verbal, verdaderamente vivo, tan auténtico y abierto, que nos empuja a decir que la poesía de Antonio Porchia es una manera de salvación, una alternativa a los esquemas estrechos de lo convencional, trazando un nuevo camino, tan fundamental como los que trazaron Darío, Huidobro, Vallejo y Neruda. Un camino que ha hecho de la brevedad una de las consciencias poéticas más altas y depuradas de todos los tiempos, una consciencia que, más que una esperanza en esta poesía, es una decisión de ser.

¹ Federico García Lorca, «La imagen poética de don Luis de Góngora», en Conferencias I, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

² André Breton, Entretien 1918-1952.

³ Alberto Luis Ponzo, Antonio Porchia, el poeta del sobresalto, Epsilon Editorial, Buenos Aires, 1986.

No es Antonio Porchia uno de los poetas en lengua castellana que haya hecho del lenguaje una de sus preocupaciones primordiales. Sin embargo, sí es uno de los poetas que con mayor lucidez ha visto sus posibilidades y sus limitaciones. Porchia, para llegar a decir algo, ha tenido antes que aprender a callarse: «Hablo pensando que no debiera hablar: así hablo». El silencio, por tanto, nos muestra la realidad, nos

la presenta disponible: «Una cosa, hasta no ser toda, es ruido, y toda, es silencio». Y por esta disponibilidad, las palabras no son ya trazos sobre el silencio, sino gestos que se sitúan a su lado, ecos del propio acto de callarse. Así Porchia cede terreno al silencio, deja que éste le muestre el mundo para después, con muy pocas palabras, señalarlo. Porchia nos enseña que cuanto más reducida sea la masa verbal, más carga de significación se proyectará sobre ella. Por esto, apunta Ponzó⁴ que «no se trata de una síntesis producida por el rechazo de muchas palabras, sino por la necesidad de no rechazar un contenido que exige más lugar que el de la escritura». Las voces nos llevan al origen del hablar, que es el callar. Siempre al borde del callar, se contagian de abismos y se sacuden adherencias superfluas, apuntes sin fondo. Por esto, el silencio de Porchia es además de un comienzo, un final, entendido como crítica a la verborrea de gran parte de nuestra literatura y de gran parte de los hombres. Porchia entendió que el hablar demasiado delata nuestra condición de muertos anticipados, muertos que hablan por pura inercia. Escribe: «Cuando digo lo que digo es porque me ha vencido lo que digo». A partir de aquí, la palabra tendrá su propia carga de indecible, convirtiéndose en la otra mirada del silencio. De esta forma, no sólo el silencio hará hablar al lenguaje, sino que, como apunta Guillermo Sucre⁵, «lo contrario (¿cómo olvidarlo?) es igualmente cierto».

Porchia usa el esquema formal del aforismo, incluso a veces los escribe, entendidos éstos, como sentencias o reflexiones puramente morales. Sin embargo, si sólo hubiera escrito aforismos estaríamos nada más que ante un pensador lúcido pero no ante uno de los poetas más originales de nuestra lengua, más esenciales. Porchia se vale de la estructura aforística para hacer del lenguaje una posibilidad de vida, abriendo la realidad de tal forma que lo profundo es lo cotidiano, lo próximo es el abismo y la normalidad del vivir es el misterio. Así, el lenguaje no es simple instrumento sino, como indica Roberto Juarroz⁶, «el hombre mismo». Porchia es un ser ensimismado, absorto, pero su mirada no se apartará en ningún momento de su entorno, no desembocará en huecas abstracciones ni en manipulaciones paradójicas. La contradicción en esta poesía no es un método, no es un juego literario sino el ineludible resultado de su contemplación y su buceo. Es la espuma de su profundidad. No es el de Porchia un pensamiento basado en la retórica sino en la depuración y en la necesidad de ver más allá. La antítesis deshace los hábitos de la percepción, eliminando las categorías, ya que el abismo es inexplicable. Ya vio Heráclito que los hombres ignoran que lo divergente está de acuerdo consigo mismo. Entrar en el abismo, en la realidad sin referencia, consiste en la mayor experiencia posible, pero acaso no nos explique nada. La poesía de Porchia, como toda gran poesía, no nos responde, sino que nos instala en otra dimensión de ser. Por eso, escribe: «Quien dice la verdad, casi no dice nada» o «Saber no es comprender». La contradicción a veces, se basa en la plurisignificación de las palabras, en el intercambiar sentidos opuestos. Las palabras, en definitiva, se mueven, entran y salen de sí mismas, dejándonos más abierta la realidad, más maleable nuestro modo de percibirla: «Lo que dicen las palabras

⁴ Op. cit.

⁵ Guillermo Sucre, «La metáfora del silencio», en *La máscara, la transparencia*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1985.

⁶ Roberto Juarroz, «Antonio Porchia o la profundidad recuperada», en *Plural*, Vol. IV, núm. 11, México, agosto 1975. Publicado en *Poesía y creación. Diálogos con Guillermo Boido*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1980.